

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Me cuento en el número de los que aprueban el rasgo del viejo rey de Montenegro. Esto no quiere decir que me sean antipáticos los aliados, ni que les desee nada malo, al revés. Pero ¿cómo no aplaudir cuando se pide una paz?

Y ¿cómo no reconocer el mero buen sentido de pedirlo, cuando no se tiene fuerza ni resistencia para sostener la lucha?

Bello es el heroísmo, bella la pelea desesperada por la independencia, bello tal vez sobre todo el morir sin fruto; no obstante... cuando no son agravios del honor colectivo, ni ofensas imperdonables lo que se quiere vengar, la ley de la vida se impone a los pueblos, y los reyes tienen el deber de salvar a sus reinos, a expensas de su orgullo, de su tesón, hasta de sus compromisos anteriores.

Por otra parte, si nadie pidiese la paz, la guerra no se acabaría nunca... De no acabarse lleva trazas, dado lo inexpugnable de las posiciones, más recias cada día, y va la guerra convirtiéndose en algo normal, a lo cual se habitúa la conciencia. Han conseguido imposibilitar los respectivos avances, no sólo en los frentes occidentales, sino en los orientales, según las últimas noticias, y no hay razón para que esto no continúe indefinidamente. Las ciudades se transformarán en trincheras. Volveremos a la vida troglodítica.

Aquí, en Madrid, riñese otra batalla que han perdido cuantos generales la trabaron. Me refiero a la pelea contra la mendicidad callejera y los golfos autóctonos, como les llamó el conde de Cerrajería.

Por más que se persiga y se recoja, salen y salen, no se sabe de dónde, si de entre las piedras o cayendo de las nubes, los mendigos. Los encontráis hasta en los barrios más apartados, en los sitios donde menos contáis con su aparición pedigrí. La mendicidad es un modo de vivir, una industria como otra cualquiera (sin que hayamos de negar que existen excepciones). Una ciegucecita ha confesado que sacaba de limosna más de veinte pesetas diarias, y que sus padres, que la erriaban a pordiosear, no le daban de comer. Y yo insisto en algo ya de antiguo profesado: la culpa de la mendicidad la tienen, no los pedigríes, sino los que dan limosna en la calle. Heriberto Spencer entendía que dar así constituía un delito, y el acto caía bajo la acción del código.

Sin embargo — suele objetarse — ello es que en la calle se muere gente de hambre y de frío. El caso es frecuente en todas las grandes ciudades. No lo remedia la limosna callejera, aunque fuese doble de la muy considerable que reparte Madrid. Sólo por casualidad pudiera la limosna impedir tan trágico suceso como la muerte por inanición. Los comedores de caridad y ranchos públicos, si se organizan bien podrían evitarlo. Una severísima represión del alcoholismo, tampoco dejaría de ser útil. Muchos gastan en aguardiente antes que en pan.

Hasta cabe decir que la limosna, en algún respecto, contribuye al tristísimo fenómeno de las muertes por hambre y frío. Explicaré la paradoja. Los que mueren así, son, en su mayor parte, mendigos. Y son mendigos, porque la limosna alienta la mendicidad, la presta caracteres de profesión, o al menos, de recurso para vivir. Cuando el recurso falla, vienen las terribles crujías, los días sin pan, sin asilo, sin clavo ardiendo a que asirse.

En cuanto a los golfos autóctonos, que abren la puerta de los coches y automóviles, que recadean, avisan y prestan otros servicios discutibles, es más urgente aún hacerlos desaparecer de la epidermis social, limpiar de ese parasitismo el cutis de la villa del oso. Porque esos golfos, sean o no desamparados, tengan o no hogar en que cobijarse, son niños, y no conocen más escuela, ni más enseñanza que el pordiosear aventurero, la vida a lo Lazarillo, a que

se adaptan, y que prefieren a cualquier otra. Viven sin concebir que el trabajo es ley; son lacayos de todo el mundo, criados y no sé si diga algo peor de cada cual... Ello es intolerable; va contra la dignidad humana, contra la moral, esta niñez suelta en las calles, a las altas horas de la noche, buscándose la peseta, avezándose a equivocadas profesiones, semillero de vagos y de pícaros. Y la indiferente bondad que se profesa aquí hace que los golfos encuentren gran simpatía en el público, a quien divierten con sus timos y chistes de pedigrí. Y la empresa del conde de Sagasta merece plácemes, pero... Este «pero» significa que antes de ensalzar una iniciativa, deben constar sus resultados. Es más español emprender que concluir. Y organizar es siempre difícil, y menos en pocos días. Esperemos a ver si el gobernador de Madrid consigue que arraigue su sistema de limpiar de golfos y pobres las calles y las puertas de los teatros y hoteles. Por ahora surgen a cada paso, a pesar de las recogidas diarias que anuncia la prensa.

Dícese que los guardias están dedicados a tal recogida. Ojalá. Porque a otra porción de cosas que les competían, no se dedican, ni señales. Ejemplo. Se pincha la rueda de un automóvil. Naturalmente, el mecánico salta del pescante y se apresta a inflarla. Inmediatamente se forma un grupo de golfillos y zangolotinos mozallones, sin faltar tal cual chicuela y algún viejo marrullero, aguardentoso, que se paran a contemplar tan inaudito espectáculo. El grupo crece, crece; cada uno que pasa, se incorpora. El mecánico no puede mover los brazos para su faena. Entonces los zangolotinos se ponen a ayudarlo (a estorbarle se diría mejor). El instinto que los guía es tocar el coche, manosearlo, manejar las ruedas; en suma, meterse donde no los llaman. Miráis alrededor, por si un guardia puede defenderos. No hay un guardia, ni pasa por allí en media hora. La escena ocurre en la calle Mayor, a dos pasos de la Puerta del Sol.

Y la escena es digna de cualquier lugarejo; de Cañamón de Arriba o de Pisalaiva de Pelgar. Sólo en los poblachos se explica esta curiosidad bobalicona por cosas que nada tienen de particular y suceden a cada momento; que no justifican una congestión de gente en la vía pública. Peor es aún el estribillo que han tomado los transeúntes de todos sexos y edades de ir por en medio del arroyo, en vez de seguir la acera. A esta detestable costumbre, que la autoridad no reprime, se deben la mayor parte de los atropellos de automóvil y coche y bicicleta y carro. Los vehículos van refrenados, cortando olas de una muchedumbre que no cuida de separarse. Los chiquillos, de lo que cuidan es de acercarse. Materialmente se meten entre las ruedas. Se cuelgan de los topes de los tranvías. Se agarran a los automóviles. Es maravilla que no haya más aplastados.

Repito que todo esto lo ven los guardias con la mayor frescura. Cuando lo ven; porque, generalmente, lo que pasa es que a ellos no se los ve. Si a cada transeúnte que va por mitad del arroyo pudiendo ir por la acera se le impusiese nada más que diez céntimos de multa, podía el señor gobernador sumar un ingreso considerable para su campaña contra la mendicidad. Y se acabarían los atropellos.

Los niños son una calamidad pública. Debía el Ayuntamiento hacer para ellos unos parques rodeados de alambrada, donde jugasen a su sabor, toda vez que no van a la escuela, y así respirarían aire libre sin molestar a nadie y no se expondrían a que el tranvía o el auto los convirtiese en papilla, sin culpa alguna de los conductores.

Confieso que los padres, cuando salen a ganarse la vida, no pueden dejar a sus chicos con una Fraulein, ni con una Miss. Sí, conformes. Los chicos salen a pilletear. Les viene bien el aire, y hasta el juego. Ambas cosas pudieran obtener sin peligro con el sistema de alambradas. Y para que no se hiciesen daño unos a otros ni estropeasen el jardín, o parque, donde fuera bueno enchiquerarlos, bastaría un guardia: ese guardia que debiera vigilarlos en la calle y que no los vigila.

Sólo esta medida saludable bastaría para dejar las calles de Madrid transitables y un poco menos inseguras...

Una situación delicada y hasta comprometida, es, a mi entender, la del Padre Santo, ante los conflictos que le crea la guerra. La carta de los obispos belgas a los alemanes ha venido a complicar la cuestión, que ya habían planteado las lamentaciones de los armenios, ante el degüello y el incendio en masa que sufren esos cristianos míseros... El Papa no tie-

ne, para defender a los católicos sacrificados, sino su voz augusta y su mano que bendice. No puede tampoco, como en la Edad Media, fulminar, excomulgar, llamar sobre las cabezas de los culpables el rayo de la celeste cólera. Acaso hoy se le obedezca más que en aquellos tiempos terribles; pero la misma docilidad de los católicos es, en casos como el presente, un conflicto. ¿Qué decir a los obispos alemanes? ¿Qué responder a los belgas? ¿Qué paliativo ofrecer a la queja de monseñor Mercier, el gran arzobispo de Malinas, carácter de acero, inteligencia de oro?

Y la incertidumbre que no puede menos de sentir el Papa en circunstancias tan graves, se refleja en los católicos de los países neutros, por ejemplo, España. Hay muchos, nos dice la prensa católica misma, que no estarán conformes con la carta del Episcopado belga, porque son germanófilos, porque creen que al catolicismo le conviene el triunfo de los Imperios centrales. He aquí una escisión. En efecto, en España unos católicos se inclinan de un lado, otros de otro. Esto basta para hacer incierta la situación de las altas personalidades eclesiásticas, y para que el Papa no acierte a cortar el nudo gordiano.

Mi voto no vale; pero creo que esta cuestión es de aquellas de las cuales se dijo *in dubiis libertas*. Inclínese cada cual hacia donde le plazca, y respete el criterio de los demás. No es un dogma ni la superioridad de los germanos ni la victoria de los aliados. Todo ello aparece como enigma del porvenir. Lo que resulte de esta enorme confusión, de esta serie de hechos única en la historia, sólo Dios puede saberlo. Y probablemente resultarán cosas muy inesperadas.

Por lo pronto, ha resultado ya, para España, una rehabilitación histórica. Nadie ignora que se hizo contra nuestra patria un arma ofensiva, durante largo tiempo, de acusarla de crueldades, barbaries y ferocidades horripiladoras. Aunque fuesen todas hechos probados, que no lo son, ni mucho menos, ahora han venido a parar en borregos cándidos y mansos y en santos varones nuestros conquistadores, guerreros y guerrilleros históricos. Al lado de lo que se lee y sabe respecto a episodios de la guerra actual, tortas y pan pintado son nuestras, más supuestas que probadas, atrocidades. Con la diferencia de que estamos en el siglo xx, si no falla la cronología. Y si empezase a decir algo de lo que en Méjico ha pasado y pasa... mal año para Guatimozin, Quelpopoca y otras víctimas cuyas sombras no cesan de ser evocadas en contra nuestra.

«¡Que toquen, que toquen, que viene el Arzobispo!.. ¡Que destochen, que destochen, que ya no viene!» El cuentecillo acude a mi memoria, al leer que ya no pide Montenegro la paz, sino que continúa la guerra hasta la última gota... ¡Ya me parecía a mí que un acto de cordura en medio de esta furiosa vesanía universal era cosa rarísima!

Y claro que debemos inclinarnos con respeto ante la actitud de esa pequeña nación... Parece estético que no admitan condiciones humillantes. El único modo de que se iguale al grande el pequeño, es que en su ánimo sea tan grande como el que le supera en fuerza y poder. Y si tal es el caso de Montenegro, rindámosle un tributo de admiración, aunque supongamos que de nada le servirá su bizarría.

Sobre todo ¡no nos apresuremos nunca a fiarnos de telegramas, que con apariencias de realidad llegan hasta nosotros! En cosas que conocemos mucho más de cerca, en cosas hasta propias, vemos diariamente lamentables equivocaciones, confusiones increíbles, falsedades involuntarias, ignorancias que no se explican.

Esperemos pues, pacientemente, a que se desenrede la formidable madeja. Dejemos que cese (si cesa algún día) la tempestad, que no sople el huracán, que el cielo se serene... Entonces los informes serán exactos... siempre hasta cierto punto, porque mil sucesos quedarán en el misterio, y quizás sea obra del siglo xxi restablecer la verdad histórica de lo que presenciamos. Y lo que el siglo xxi rectifique... ¡otros lo leerán, nosotros no!

Entretanto, ¿qué será de los montenegrinos? ¿Quedará alguno para contarlos? ¿A dónde irán a parar los huesos de Nikita, el rey pastor, que era tan poético?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.